

ANÓNIMO

LOS SIETE INFANTES DE LARA

INDICE:

PRIMER ROMANCE
SEGUNDO ROMANCE
TERCER ROMANCE
ROMANCE CUARTO
QUINTO ROMANCE
SEXTO ROMANCE

PRIMER ROMANCE

Cuenta las bodas de doña Lambra de Bureba, y cómo, durante las fiestas, empezó gran enemistad en la familia de los de Lara

Ya se salen de Castilla
castellanos con gran saña,
van a combatir los muros
de la vieja Calatrava;
derribaron tres pedazos
por partes de Guadiana;
por uno entran los cristianos,
por dos los moros escapan,
maldiciendo de Mahoma
y de su secta malvada,
por unas sierras arriba
grandes alaridos daban.

¡Ay Dios, qué buen caballero
fue allí Rodrigo de Lara,
que mató cinco mil moros
con trescientos que llevaba!
Si aquéste muriera entonces,
¡qué gran fama que dejara!
No matara a sus sobrinos,
los siete infantes de Lara,

ni vendiera sus cabezas
al moro que las llevaba.

¡Bien peleó en aquel día
Ruy Velázquez el de Lara,
ganó un escaño de oro
con rica tienda de Arabia;
al conde Garci Fernández
se la envía presentada,
que le trate casamiento
con la linda doña Lambra.

Ya se conciertan las bodas,
¡ay Dios, en hora menguada!,
doña Lambra de Bureba
con don Rodrigo de Lara.
Las bodas fueron en Burgos,
las tornabodas en Salas;
en bodas y tornabodas
pasaron siete semanas:
las bodas fueron muy buenas,
mas las tornabodas malas.

Ya convidan por Castilla,
por León y por Navarra;
tantas vienen de las gentes,
no caben en las posadas;
y aún faltaban por venir
los siete infantes de Lara.

¡Helos, helos por do vienen,
por aquella vega llana!
Sáuelos a recibir
la su madre doña Sancha;
ellos le besan las manos,
ella a ellos en la cara:

—¡Huelgo de veros a todos,
que ninguno no faltaba,
y más a vos, Gonzalvico,
prenda que yo más amaba!
Tornad a cabalgar, hijos,
y tomedes vuestras armas,
allá iredes a posar
al barrio de Cantarranas.
Por Dios os ruego, mis hijos,

no salgades a las plazas,
 porque las gentes son muchas,
 trábanse malas palabras.

Ya cabalgan los infantes
 y se van a sus posadas;
 hallaron las mesas puestas,
 mucha vianda aparejada;
 después que hubieron comido,
 siéntanse a jugar las tablas.

En el arenal del río,
 esa linda doña Lambra,
 con muy grande fantasía,
 altos tablados armara;
 tiran unos, tiran otros,
 ninguno bien bohordaba.

Allí salió un hijodalgo
 de Bureba la preciada;
 caballero en un caballo
 y en la su mano una vara
 arremete su caballo,
 al tablado la tirara,
 voceando: –¡Amad, señoras
 cada cual como es amada!,
 que más vale un caballero
 de Bureba la preciada,
 que no siete ni setenta
 de los de la flor de Lara.

Doña Lambra que lo oyera,
 en mucho se holgara:
 ¡oh, maldita sea la dama
 que su cuerpo te negara;
 si yo casada no fuera,
 el mío te lo entregaba!

Oídolo ha doña Sancha,
 responde muy apenada:
 –Calléis, Alambra, calléis,
 no digáis tales palabras,
 porque aun hoy os desposaron
 con don Rodrigo de Lara.
 –Más calléis vos, doña Sancha,
 que tenéis por qué callar,

que paristeis siete hijos
como puerca en cenagal.

Todo lo oye un caballero
que a los infantes criara;
llorando de los sus ojos,
con angustia y mortal rabia
se fue para los palacios
do los infantes estaban;
unos juegan a los dados,
otros juegan a las tablas.
Aparte está Gonzalvico,
de pechos a una baranda:
–¿Cómo venís triste, ayo?
Decid, ¿quién os enojara?
Tanto le rogó Gonzalo,
que el ayo se lo contara.
–Mas mucho os ruego, mi hijo,
que no salgáis a la plaza.
No lo quiso hacer Gonzalo,
mas su caballo demanda;
llega a la plaza al galope,
pedido había una vara,
y vido estar el tablado
que nadie lo derribara;
alzóse en las estriberas,
con él en el suelo daba.
Desde lo hubo derribado,
desta manera hablara:
–Amad, amad, damas ruines,
cada cual como es amada,
que más vale un caballero
de los de la flor de Lara,
que cuarenta ni cincuenta
de Bureba la preciada.

Doña Lambra, que esto oyera,
bajóse muy enojada,
sin esperar a los suyos
se saliera de la plaza;
fuése para los palacios
donde don Rodrigo estaba;
en entrando por las puertas
a voces se querellaba:
–Quéjome a vos, don Rodrigo,
viuda me puedo llamar!

¡Mal me quieren en Castilla
 los que me habían de guardar!
 Los hijos de doña Sancha
 mal abaldonado me han:
 que me cortarían las faldas
 por vergonzoso lugar,
 me ponían rueca en cinta
 y me la harían hilar,
 y cebarían sus halcones
 dentro de mi palomar.
 Si desto no me vengáis,
 yo mora me iré a tomar,
 y a ese buen rey Almanzor
 tengo de irme a querellar.
 –Callede, la mi señora,
 vos no digades atal.
 De los infantes de Lara
 bien os pienso de vengar;
 tela les tengo ya urdida,
 presto se la he de tramar;
 nacidos y por nacer
 dello por siempre hablarán.

Bien urdió Ruy Velázquez de Lara gran traición contra todos sus parientes, y la tramó con falsedad y mentira. Envió a su cuñado don Gonzalo Gustios, padre de los siete infantes, a Córdoba con una carta engañosa escrita en árabe, para que allá Almanzor lo hiciese morir, y para que enviase su capitán Alicante, con gran hueste, al campo de Almenar, donde llevará Ruy Velázquez a los siete infantes a fin de que sean muertos por los moros.

SEGUNDO ROMANCE

De como los infantes de Lara se despidieron de su madre y vieron malos agüeros

En las sierras de Altamira,
 que dicen del Arabiana,
 aguardaba don Rodrigo
 a los hijos de su hermana:
 no se tardan los infantes
 y el traidor mal se quejaba;
 grande jura estaba haciendo
 sobre la cruz de su espada,
 quien detiene a los infantes
 él le sacaría el alma.

Deteníalos su ayo,
 muy buen consejo les daba,
 el viejo Nuño Salido,
 el que los agüeros cata.
 Ya todos aconsejados,
 con ellos él caminaba;
 con ellos va la su madre
 una muy larga jornada:
 ¡Adiós, adiós, los mis hijos,
 presta sea vuestra tornada!

Ya se parten de la madre;
 en Canicosa el pinar
 agüeros contrarios vieron
 que no son para pasar:
 encima de un seco pino
 una aguililla caudal,
 mal la aquejaba de muerte
 el traidor del gavilán.
 Vido el agüero don Nuño:
 –Salimos por nuestro mal,
 siete celadas de moros
 aguardándonos están.
 Por Dios os ruego, señores,
 el río no heis de pasar,
 que aquel que el río pasare
 a Salas no volverá.

Respondióle Gonzalvico
 con ánimo singular,
 era menor en los días,
 mas muy fuerte en pelear:
 –No digas eso, mi ayo,
 que allá hemos de llegar.
 Dio de espuelas al caballo,
 el río fuera pasar.

TERCER ROMANCE

De cómo se empezó la batalla con los moros

Saliendo de Canicosa
 por el val del Arabiana,
 donde don Rodrigo espera

los hijos de la su hermana,
 por el campo de Almenar
 ven venir muy gran compañía,
 muchas armas reluciendo,
 mucha adarga bien labrada,
 mucho caballo ligero,
 mucha lanza relumbraba,
 mucho pendón y bandera
 por los aires revolaba.
 Alá traen por apellido,
 a Mahoma a voces llaman;
 tan altos daban los gritos,
 que los campos retemblaban:
 –¡Mueran, mueran –van diciendo–
 los siete infantes de Lara!
 ¡Vengüemos a don Rodrigo,
 pues que tiene de ellos saña.
 Allí está Nuño Salido,
 el ayo que los criara,
 como ve la gran morisca
 desta manera les habla:
 –¡Oh los mis amados hijos,
 quién vivo ya no se hallara
 por no ver tan gran dolor
 como agora se esperaba!
 ¡Ciertamente nuestra muerte
 está bien aparejada!
 No podemos escapar
 de tanta gente pagana;
 vendamos bien nuestros cuerpos
 y miremos por las almas;
 no nos pese de la muerte,
 pues irá bien empleada.

Como los moros se acercan,
 a cada uno por sí abraza;
 cuando llega a Gonzalvico,
 en la cara le besaba:
 –¡Hijo Gonzalo González,
 de lo que más me pesaba
 es de lo que sentirá
 vuestra madre doña Sancha;
 érades su claro espejo,
 más que a todos os amaba!

En esto llegan los moros

traban con ellos batalla;
 espesos caen como lluvia
 sobre la gente cristiana;
 los infantes los reciben
 con sus adargas y lanzas,
 "¡Santiago, cierra, Santiago!",
 a grandes voces llamaban.

Muy cruda es la batalla, y don Rodrigo, apartado con su gente, se negaba a entrar en ella; ya los siete hermanos, de cansados, apenas pueden levantar las armas. Hasta ese moro Alicante, condolido de verlos defenderse en tal angostura, les da una tregua, los acoge en su tienda y les repara con viandas y bebida. Mas Rodrigo, el traidor contra su sangre, se acerca allí para recriminar al moro aquella piedad que había de enojar muy mal a Almanzor. Los moros tienen que volver al campo a los siete Infantes, y peleando con ellos en desigual y porfiada batalla, les van dando muerte en presencia de Ruy Velázquez.

ROMANCE CUARTO

Del gran llanto que don Gonzalo Gustios hizo allá en Córdoba

Pártese el moro Alicante
 víspera de San Cebrián;
 ocho cabezas llevaba,
 todas de hombres de alta sangre.
 Sábelo el rey Almanzor,
 a recibírselo sale;
 aunque perdió muchos moros,
 piensa en esto bien ganar.

Mandara hacer un tablado
 para mejor los mirar;
 mandó traer un cristiano
 que estaba en captividad;
 como ante sí lo trujeron,
 empezóle de hablar:
 díjole: —Gonzalo Gustios,
 mira quién conocerás;
 que lidiaron mis poderes
 en el campo de Almenar,
 sacaron ocho cabezas,
 todas son de gran linaje.

Respondió Gonzalo Gustios:
 —Presto os diré la verdad.
 Y limpiándoles la sangre

asaz se fuera a turbar;
 dijo llorando agramente:
 –¡Conózcolas por mi mal!
 La una es de mi carillo;
 las otras me duelen más,
 de los infantes de Lara
 son, mis hijos naturales.

Así razona con ellas
 como si vivos hablasen:
 –¡Sálveos Dios, Nuño Salido,
 el mi compadre leal!,
 ¿adónde son los mis hijos
 que yo os quise encomendar?
 Mas perdonadme, compadre,
 no he por qué os demandar,
 muerto sois como buen ayo,
 como hombre muy de fiar.

Tomara otra cabeza,
 del hijo mayor de edad:
 –¡Oh hijo Diego González,
 hombre de muy gran bondad,
 del conde Garci Fernández
 alférez el principal,
 a vos amaba yo mucho,
 que me habíades de heredar!
 Alimpiándola con lágrimas
 volviérala a su lugar.
 Y toma la del segundo,
 don Martín que se llamaba:
 –¡Dios os perdone, el mi hijo,
 hijo que mucho preciaba;
 jugador de tablas erais
 el mejor de toda España;
 mesurado caballero,
 muy bien hablabais en plaza!

Y dejándola llorando,
 la del tercero tomaba:
 –¡Hijo don Suero González,
 todo el mundo os estimaba;
 un rey os tuviera en mucho
 sólo para la su caza!
 Ruy Velázquez, vuestro tío,
 malas bodas os depara;

a vos os llevó a la muerte,
a mí en cautivo dejaba!

Y tomando la del cuarto,
lasarnente la miraba:
–¡Oh hijo Fernán González
(nombre del mejor de España,
del buen conde de Castilla
aquel que vos baptizara),
matador de oso y de puerco,
amigo de gran compañía;
nunca con gente de poco
os vieran en alianza!

Tomó la de Ruy González,
al corazón la abrazaba:
–¡Hijo mío, hijo mío,
quién como vos se hallara;
gran caballero esforzado,
muy buen bracero a ventaja;
vuestro tío Ruy Velázquez
tristes bodas ordenara!

Y tomando otra cabeza,
los cabellos se mesaba:
–¡Oh hijo Gustios González,
habíades buenas mañas,
no dijérades mentira
ni por oro ni por plata;
animoso, buen guerrero,
muy gran heridor de espada,
que a quien dábades de lleno,
tullido o muerto quedaba!

Tomando la del menor
el dolor se le doblaba:
–¡Hijo Gonzalo González,
los ojos de doña Sancha!
¡Qué nuevas irán a ella,
que a vos más que a todos ama!
¡Tan apuesto de persona,
decidor bueno entre damas,
repartidor de su haber,
aventajado en la lanza!
¡Mejor fuera la mi muerte
que ver tan triste jornada!

Al duelo que el viejo hace,
toda Córdoba lloraba.

El rey Almanzor, cuidadoso,
consigo se lo llevaba
y mandaba a una morica
lo sirviese muy de gana.
Ésta le torna en prisiones
y con amor le curaba;
hermana era del rey,
doncella moza y lozana;
con ésta Gonzalo Gustios
vino a perder la su saña,
que de ella nació un hijo
que a los hermanos vengara.

Ahora sabed los que esta historia oís, que el moro Almanzor soltó al fin de la prisión a don Gonzalo, y que vuelto el buen viejo a Burgos con las cabezas de sus hijos, a las que dio sepultura en la iglesia de Salas, llevaban él y su mujer doña Sancha una muy apenada y pobre vida, perseguidos siempre por el poderoso Ruy Velázquez. Así, como lo dice don Gonzalo Gustios en este quinto romance.

QUINTO ROMANCE

Triste yo que vivo en Burgos
ciego de llorar desdichas
sin saber cuándo el Sol sale,
ni si la noche es venida,
si no es que con gran rigor
doña Lambra mi enemiga
cada día que amanece
hace que mi mal reviva:
pues porque mis hijos llore
y los cuente cada día,
sus hombres a mis ventanas
las siete piedras me tiran.

La mora hermana de Almanzor, al hijo aquel que tuvo de don Gonzalo, lo llamó Mudarra González, y cuando fue de edad, enviolo a Castilla para que buscase al traidor y en él vengase padre y hermanos.

SEXTO ROMANCE

Cuenta cómo el caballero novel Mudarra mató a Ruy Velazquez, el enemigo hermano de doña Sancha

A caza va don Rodrigo,
ese que dicen de Lara;
perdido había el azor,
no hallaba ninguna caza;
con la gran siesta que hace
arrimado se ha a una haya,
maldiciendo a Mudarrillo,
hijo de la renegada,
que si a las manos hubiese
que le sacaría el alma.

El señor estando en esto,
Mudarrillo que asomaba:
–Dios te salve, buen señor,
debajo la verde haya.
–Así haga a ti, caballero;
buena sea tu llegada.
–Dígame, señor, tu nombre,
decirte he yo la mi gracia.
–A mí me llaman don Rodrigo,
y aún don Rodrigo de Lara,
cuñado de don Gonzalo,
hermano de doña Sancha
por sobrinos me los hube
los siete infantes de Lara.
Maldigo aquí a Mudarrillo,
hijo de la renegada,
si delante lo tuviese,
yo le sacaría el alma.

–Si a ti dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
a mí Mudarra González,
hijo de la renegada,
de Gonzalo Gustios hijo
y alnado de doña Sancha;
por hermanos me los hube
los siete infantes de Lara;
tú los vendiste, traidor,
en el val del Arabiana.
Mas si Dios ahora me ayuda,
aquí dejarás el alma.

–Espérame, don Mudarra,
iré a tomar las mis armas.

–El espera que tú diste
a los infantes de Lara;
aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

Allí donde cayó sin vida el cuerpo de Ruy Velázquez, los castellanos lo apedrearon, y yacían sobre él más de diez carradas de piedras. Y aun hoy día, cuantos por aquella gran pedrera pasan, en lugar de rezar *Pater noster*, lanzan al montón una piedra más, diciendo: "¡Mal siglo haya el alma del traidor! ¡Amén!"

FIN

Edición digital Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009

